

LA NAVIDAD

 **Isabel SECO CAMPOS**

Archivera Municipal

Pasadas las fiestas, y a propósito de las conversaciones que seguramente se han mantenido sobre el origen de la celebración de las misas, hoy vamos a hacer una reflexión en voz alta en torno a la celebración de la Navidad. Se celebra desde los primeros tiempos del cristianismo como conmemoración del nacimiento de Jesús.

San Juan Crisóstomo, en el panegírico de San Filogonio, pronunciado en el año 386 de nuestra era, establece la fecha del 25 de diciembre, fijada definitivamente más tarde por el Papa Julio II. La liturgia de la fiesta se consolida durante el pontificado del Papa Sixto III (432-440): Se trata de una fiesta de Navidad en la que se fijan ya dos celebraciones que van a permanecer hasta hoy, el belén y el oficio nocturno. El belén que reproducía la Navidad se instaló en la basílica romana de Santa María, que se llamó desde entonces «ad praesepe». El oficio nocturno de carácter mariano se celebró en la misma basílica, en un intento de modular una vigilia de Navidad como la de la gran noche de Pascua. En el siglo VII, el Papa Teodoro trajo a Roma las reliquias de la cuna del Niño Jesús, revitalizando la tradición navideña. Carlomagno se hizo coronar emperador en Roma en la Navidad del 800, dándole esplendor a la fiesta y ésta a su coronación.

En la Alta Edad Media, cada año el papa celebraba en Santa María la Mayor de Roma la primera de las tres misas, la de medianoche que se popularizó con el nombre

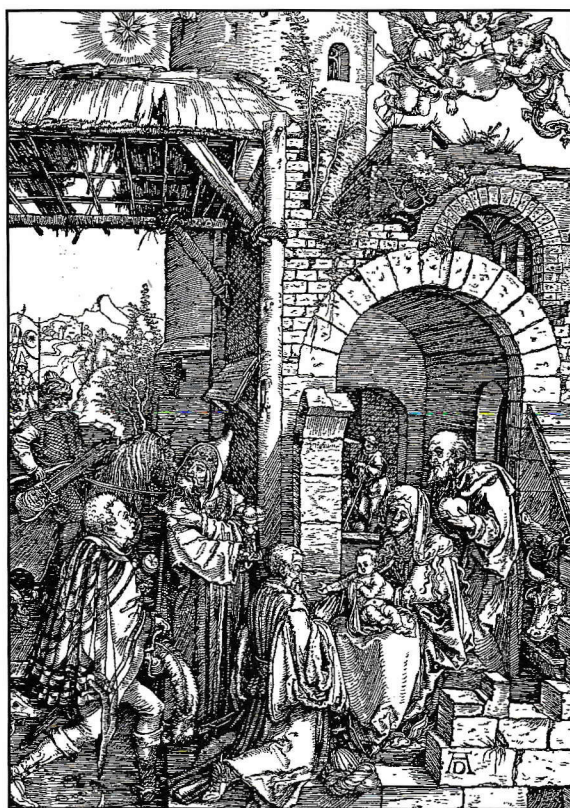
de «misa del gallo». Al alba, el papa celebraba la segunda de las misas en la iglesia de Santa Anastasia, mártir del siglo VI, situada en el barrio central de Roma y parroquia del Palatino, residencia del gobernador bizantino en la ciudad eterna. La misma mayor se celebraba por la mañana en la iglesia de San Pedro, catedral del mundo. La primera significaba el nacimiento sagrado de Jesús; la segunda anunciaba las felicidades que Cristo traía con su nacimiento; la tercera la realización de las promesas de la ley santa.

Esto es en esencia lo que se celebra en el Occidente cristiano desde hace dos mil años. La devoción popular y las tradiciones han ido incorporando costumbres que refuerzan dichas celebraciones. Para otra ocasión dejaremos las culinarias, no por menos importantes, sino porque ellas solas

darán origen a un extenso comentario.

Documentalmente son los evangelios de San Mateo y de San Lucas los que nos describen el nacimiento de Jesús. San Marcos y San Juan lo presentan ya mayor. Pero tal vez es la aportación de los evangelios apócrifos la más rica en historias que han cuajado en la versión plástica a la hora de configurar el belén. A ellos debemos la incorporación al Misterio de la mula y el buey. Si la adoración de los Magos la incorporaba San Mateo, son los evangelios apócrifos de nuevo los que ilustran este pasaje del nacimiento que tanta aceptación ha tenido en la iconografía del belén. Por lo tanto elementos imprescindibles de la representación del belén son el Niño, la Virgen y San José, el ángel anunciador, el portal (no la cueva, por favor, como aparece en anuncios comerciales mal traducidos sin duda del francés), la mula y el buey, que son los que aparecen en toda la iconografía cristiana del Nacimiento, y así se han perpetuado desde la Edad Media hasta hoy en los belenes navideños.

La costumbre de adornar un árbol con regalos y velas encendidas en las fiestas navideñas, es un rito de los países del Norte de Europa que se ha introducido desde el siglo XIX en América y en España más recientemente, tal vez por influencia de la televisión. Aunque sea tradición de origen pagano, relacionada con el culto al árbol y a las fiestas del solsticio de invierno, hoy convive pacíficamente con las figuritas del belén, presididas por el pesebre donde descansa el Niño Jesús.



Adoración de los Magos. Grabado A. Durero.